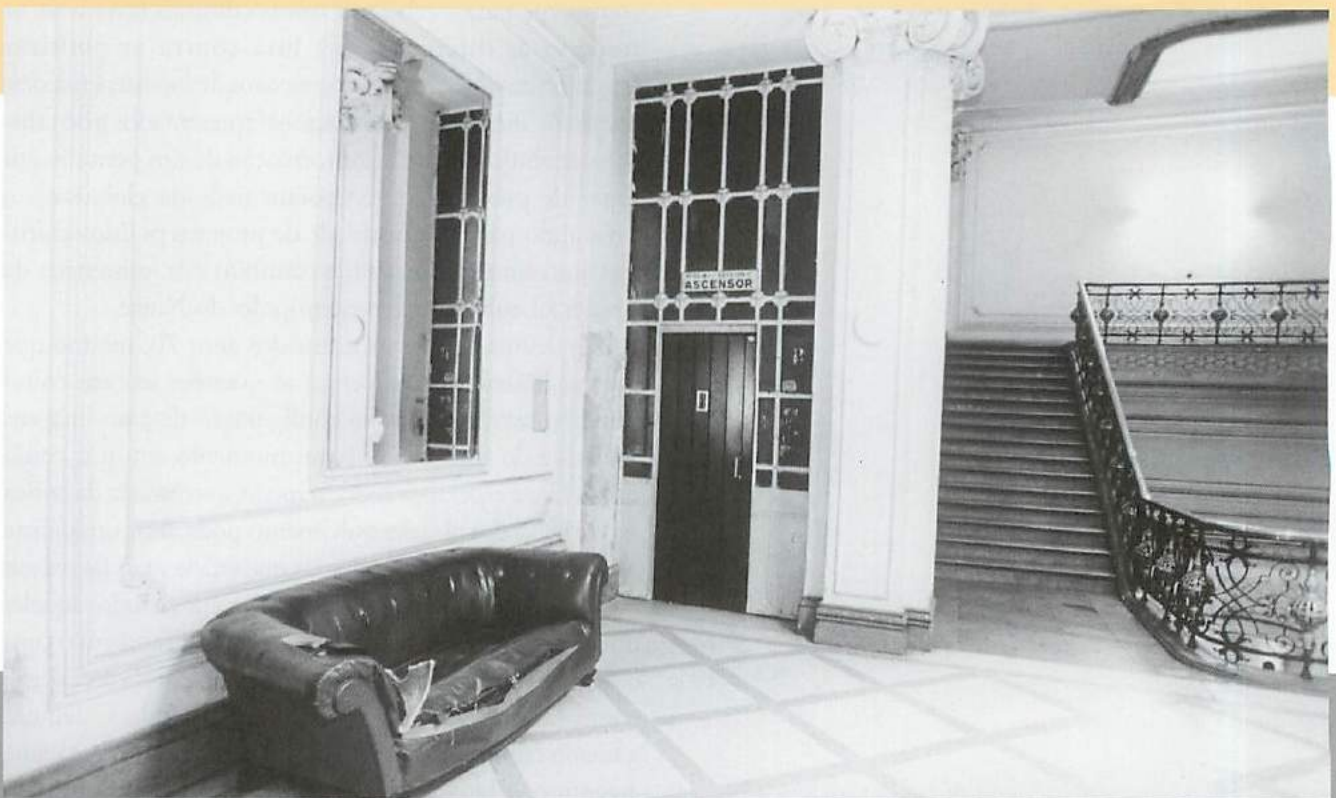


*Telma Luzzani*

# LA CRISIS DEL ESTADO



Los cambios presidenciales en Argentina y Brasil  
acirran el debate sobre el futuro de esos países  
frente al imperialismo globalizado: ¿Someterse,  
pactar, rebelarse?

**Como si fueran personajes de un drama que nada tiene que ver con la Argentina, los candidatos a presidente siguen enfrascados en sus patéticas rivalidades y alianzas; piden o rechazan internas; o se postulan al cargo y renuncian de inmediato y, básicamente, se aferran a un poder que se torna más móldico e inmoral con cada argentino que ingresa a la pobreza. Y son muchos.**

En ese sentido, Argentina está en las antípodas de Brasil, cuya clase política ha alcanzado su máxima madurez democrática en las últimas elecciones presidenciales. Políticos, empresarios, banqueros, cada sector de poder, conjugó con maestría la más despiadada lucha en el plano doméstico con una voz compacta y común frente a las presiones extranjeras. La defensa que el presidente Fernando Henrique Cardoso hizo del candidato opositor, Luiz Inacio Lula da Silva, para desbaratar los argumentos catastrofistas de los sectores financieros internacionales fue la mejor prueba.

En cambio, en Argentina, el autismo de los políticos y su obsesión por los desechos de poder (algo que puede hacerse extensivo también a la dirigencia que hoy ocupa los tres poderes del Estado, que no ha asumido como propio un solo error optando, en cambio, por desconocer la realidad para negar su propia derrota) complican cualquier análisis de la crisis. ¿Cómo establecer un campo de responsabilidades que arroje claridad sobre el presente para proyectar hacia el futuro? ¿Cuánto de la actual situación argentina es fruto de la avaricia e ineptitud de su dirigencia y cuánto debe analizarse en el marco de una realidad que ya pocos niegan: la crisis del neoliberalismo? ¿Fue la Argentina un laboratorio de ensayos del que Carlos Menem y Domingo Cavallo fueron las caras visibles? ¿Sigue siéndolo todavía hoy?

El debate adquiere valor estratégico en un momento en que el dibujo internacional empieza a mostrar su verdadera forma. Un rompecabezas que empezó a construirse en 1991, con la caída de la Unión Soviética y el nuevo orden internacional de George Bush, continuó con el diseño de las guerras "humanitarias" durante la administración de Bill Clinton y se materializó con claridad el pasado 21 de setiembre, en la nueva doctrina de seguridad (National Security Strategy) presentada por el presidente George W. Bush. Argentina, Brasil y América Latina cometerían un grave error si al debatir sus proyectos no consideraran como un eje principal esta evolución del pensamiento estratégico norteamericano en la posguerra fría.

Uno de los cambios significativos que trajo aparejado la desaparición de la ex URSS en la década del 90 fue la declinación ostensible de la ayuda que los países ricos aportaban a los pobres para su desarrollo, fundamentalmente, por temor a que la pobreza o el descuido social inclinara a esos pueblos a algún tipo de salida vinculada con el socialismo. Con el fin del "peligro rojo" (y mientras las izquierdas del mundo trataban de metabolizar el golpazo), la motivación política de esa ayuda se esfumó. Los países centrales dirigieron la atención a su sector privado. Las presiones por la apertura de los mercados fue el revés de la trama del aumento sideral de las inversiones extranjeras en esos países "en desarrollo".

En ese marco, Argentina se prestó a ser, como se sabe, el gran modelo del proyecto neoliberal que pretendía instalarse en cada rincón del mundo en los años 90. Privatizó todas las empresas públicas sin establecer mínimas políticas de control. Abrió los mercados a los capitales golondrinas con irrestrictas libertades y sin exigir garantías. Ató su moneda al dólar. Alentó la flexibilización laboral. “El éxito argentino” alabado por diarios y revistas políticas y económicas de los países llamados centrales era el mascarón de proa de ese modelo que también se conocía como “economía de mercado”.

Es probable que los esfuerzos realizados para ocultar los primeros signos de la catástrofe argentina no fueran tales sino pura incapacidad, como sugiere el Premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz cuando analiza las recomendaciones/imposiciones del FMI en Argentina y en algunos países del Sudeste Asiático. Pero ciertamente fueron cruciales para la prolongación de una percepción de “éxito” funcional al sistema. Esta variación en la perspectiva permite tal vez comprender cómo el país –aún con señas claras de problemas económicos– seguía siendo considerado un buen modelo hasta que pasó a ser, abruptamente, en el último trimestre del 2001, “un país no creíble”.

**Estados Unidos y algunos países de Europa que, por diversos motivos, habían tolerado a lo largo de la década el enriquecimiento ilícito y las prácticas corruptas de altos dirigentes argentinos, se espantaron, de un momento a otro, por la falta de transparencia.**

En 1996 y 1997, con más de la mitad de la gente sin trabajo, estallaron las primeras puebladas en el norte argentino y en la localidad neuquina de Cutral-co. El presidente Carlos Menem y los gobernadores correspondientes mandaron a reprimir ferozmente el alzamiento y los cortes de ruta. Fue una señal que el resto del país, especialmente Buenos Aires, no supo o no quiso atender. Con Fernando de la Rúa, los síntomas del fracaso fueron inocultables. No obstante, Argentina continuó obediente hasta la humillación al punto que De la Rúa fue blanco de insultos de un amplio arco que fue desde el “lambebotas” propinado por el presidente cubano Fidel Castro que criticaba su alineación automática con Estados Unidos hasta el de “presidente de domingo a la tarde” dicho al diario argentino *La Nación* por un consultor de Wall Street. Argentina continuó satisfaciendo las políticas contractivas del FMI y los Estados Unidos y utilizando para consumo interno el argumento de la “única alternativa”: de otra manera, se decía, no se iba a volver a recibir inversiones. Mientras tanto el dinero local y el extranjero salía en cataratas.

En cuatro años de recesión la Argentina se había achicado un 20%, la inversión se había reducido un 52,2% y el consumo privado había descendido un 22%. El país “modelo”, a mediados de 2002, presentaba un número de pobres escandaloso para sus parámetros históricos: 19 millones de personas, entre ellos 8 millones son niños y adolescentes.

La medida del desastre aparece en todas partes: en el número de desocupados, por ejemplo. Oficialmente hay 1.700.000 jefes o jefas de hogar sin trabajo. Los más afortunados reciben del Estado un subsidio de 150 pesos mensuales es decir, un poco más de un dólar por día para mantener una familia.

La deuda empresarial con el exterior se estima en 40.000 millones de dólares por lo que hay varias empresas formalmente en “default”, otras en convocatoria y la mayoría con patrimonio negativo. Esto en el marco de un profundo proceso de desnacionalización de la economía argentina donde de 500 empresas en funcionamiento, 314 son extranjeras, según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (Indec).

Brasil, que durante la década de la metamorfosis, soportó numerosas presiones para seguir el “esplendor” argentino, resistió al espejismo. En los 90, mientras la dirigencia argentina permitió que la potencia norteamericana modelara sus deseos y su destino, el presidente Cardoso adoptó el rol autónomo de custodio de la democracia latinoamericana en episodios clave como el fallido golpe contra el presidente paraguayo Juan Carlos Wasmosy y, posteriormente, en el carácter que adoptaría el Plan Colombia, acordado entre Clinton y el presidente colombiano Andrés Pastrana. En varias pulseadas con Washington, Cardoso salió victorioso (como el caso de los remedios genéricos, liderado por el entonces ministro de Salud y luego candidato presidencial José Serra). Brasil nunca renunció a un diálogo de igualdad y ganó la denominación de “país serio”.

En Argentina, en cambio, la agonía se volvió insoportable: aunque el país había dejado de ser competitivo, el fin de la convertibilidad despertaba el temor por una estampida en el dólar y el recuerdo aún sangrante de la hiperinflación. Las empresas privatizadas también se resistían ante la perspectiva de una reducción en el pródigo flujo de dólares que acostumbraban anualmente a mandar a las arcas centrales. Las empresas nacionales, un sector poderoso de la sociedad, endeudadas en dólares, veían con espanto el fin de la convertibilidad. Entretanto, se acumulaban las consecuencias terribles de la espiral descendente de recesión y empobrecimiento en el país.

Ciertamente el mundo había cambiado. **Cada vez con**

**más fuerza, los movimientos antiglobalización venían denunciando las llagas que el modelo neoliberal iba dejando a su paso. La debacle argentina fue, en ese sentido, también emblemática.**

La caída del “modelo” obligaba sin vueltas a repensar la función del Estado, del mercado y la relación entre ambas; ponía en cuestión —como lo hizo Stiglitz— el papel de los organismos internacionales de crédito y sus recomendaciones; en definitiva, proponía reorientar las estrategias y abrir el debate.

En este contexto debe entenderse las discusiones sobre la teoría del contagio que desvió una mejor comprensión del caso argentino. Así como durante la Guerra Fría, Estados Unidos desplegaba una serie de estrategias manifiestas y secretas para evitar la propagación de ideas o sistema que consideraba perjudiciales para sus intereses, de la misma manera, con las fallas del neoliberalismo buscó neutralizar sus consecuencias. Con el caso argentino, se buscó “aislar” la crisis, no tanto por sus consecuencias económicas en otros países, sino por el revés que el fracaso del “buen alumno” significaría para el modelo.

Todo el arsenal discursivo, político y económico se puso al servicio de imponer una falsedad como verdadera: que la crisis argentina era sólo consecuencia de la corrupción de su dirigencia y de la ineptitud para sacar provecho de los beneficios que brinda la economía de mercado. La idea de “contagio” a los países vecinos se sofocó a pesar de que

había signos de que así sucedería. En este operativo, los medios de comunicación tuvieron un rol crucial.

La crisis en Argentina ya no fue tratada como la de México, Rusia, o el Sudeste de Asia. En Argentina no se buscó contener la crisis sino desviar su origen. Así multinacionales, sectores bancarios y financieros, grandes corporaciones y ciertamente las principales potencias colaboraron en “aislar el contagio”. Así se entiende la razón por la que el FMI, que había proclamado el fin de los salvatajes para los países endeudados, hiciera una rápida excepción con Brasil a fines de setiembre de 2002.

La situación argentina y la proximidad de su elección presidencial ponen en escena otro fenómeno de carácter global que tiene en ese país, como en una caricatura, su rasgos exasperados: la creciente falta de credibilidad de la clase política entre sus representados. Se puede citar como caso ejemplar, las elecciones francesas de 2002, cuando la ausencia electoral de la primera ronda dio un inesperado triunfo al candidato ultraderechista Jean Marie Le Pen. Aunque con diferentes manifestaciones, la crisis de representación política se repite, preocupantemente, en todo el mundo.

**En el marco de la globalización, cada vez más los Estados individuales ceden su capacidad de intervención en asuntos económicos y sociales a entidades que están por fuera de su**

**ámbito** (multinacionales, FMI, Grupo de los 7, corporaciones bancarias). Esta pérdida de control de los gobiernos en aspectos que afectan directamente a la población o, en otros términos, la manifiesta preferencia de los líderes por los mercados en desmedro de los intereses del propio electorado está alcanzando un punto crítico.

Sobre este punto, cifras mundiales citadas por la filósofa y economista británica que dirige el Center for International Business and Management de la Universidad de Cambridge, Noreena Hertz, indican la drástica transformación que a lo largo de las últimas décadas ha sufrido el rol del Estado-nación. “De las cien mayores economías mundiales 51 son empresas y 49 Estados nacionales”, asegura la investigadora en su libro *El poder en la sombra. Las grandes corporaciones y la usurpación de la democracia*, Editorial Planeta, agosto 2002. Ese dato fue tomado de Anderson y Cavanagh “Top 200: the rise of global corporate power, Institute for Policy Studies” (Washington 1999).

“Todos los productos que compramos o empleamos –continúa Hertz– combustible, medicamentos, agua o cultivos, dependen cada vez más de empresas que lo mismo pueden decidir alimentarnos que asfixiarnos”. Esa afirmación, si se quiere apocalíptica, está sustentada con datos: “La cifra de ventas de Ford y General Motors supera el PBI de todo el Africa subsahariana. El patrimonio de IBM, BP y General Electric aventaja la potencia económica de muchas naciones pequeñas y los ingresos del supermercado norteamericano Wal Mart sobrepasan los del de la mayor parte de los Estados del este y centro de Europa, entre ellos Polonia, Republica Checa, Ucrania, Hungría, Rumania y Eslovaquia”. Hertz obtuvo la información de las revistas *Economist* y *Fortune* del año 2000. Esa debilidad estatal tiene una contrapartida, el Estado-nación ha conservado –y en algunos casos fortalecido– el monopolio de la fuerza (ejército y policía) que garantiza el orden interno y, en el caso de Estados Unidos, un orden internacional/imperial.



Este es el principal punto de debate y reflexión para los nuevos gobiernos de Brasil y Argentina, o más precisamente, para toda América Latina. El fracaso del fundamentalismo de mercado encuentra a la región en un estado de riesgo económico y debilidad (en casos como Colombia con marcas de desintegración) de las instituciones del Estado. Un tema de alarma si se lee con detenimiento las propuestas incluidas en la nueva National Security Strategy norteamericana. Las tres líneas principales de la doctrina no son de preocupación inmediata para la región aunque deben tenerse muy en cuenta:

- 1- Estados Unidos se permitiría actuar en forma unilateral
- 2- Aplicará cuando crea necesario una estrategia de guerra preventiva
- 3- Mantendrá superioridad militar por sobre el resto de los países del mundo incluyendo sus aliados.

Un cuarto punto, en cambio, es muy relevante para nuestro futuro. Incluye el concepto de “Estado fracasado” (failed states) amasado en los centros de pensamiento del conservadurismo norteamericano. Su doctrina identifica a los Estados débiles o fracasados como posibles centros de preocupación (blancos), dada su posibilidad de abrigar virtuales grupos terroristas. En su lógica, estos países –cuyas características pueden englobar a algunos latinoamericanos– no controlan parte de su territorio o, por la debilidad de sus instituciones, son incapaces de manejar la economía y la política de sus países y, por lo tanto, evitar situaciones explosivas a nivel social. Su debilidad le impediría mantener el orden dentro de sus propias fronteras y de controlar su territorio convirtiéndose en potencial campo de cultivo para el terrorismo.

La especialista Anabella Busso, doctora en Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Rosario, explica las alternativas que manejan los académicos de los países centrales. “Hay autores que proponen como alternativa

restablecer fórmulas jurídico-políticas semejantes a las vigentes en la época de la transición entre el colonialismo y el neocolonialismo como eran los protectorados, por medio de los cuales, actores externos eran responsables de la política económica y exterior de otros Estados nacionales. Otra alternativa es la política de ayuda externa, atada a un paquete de condiciones o lo que se llama las operaciones de ‘peace building’, es decir, la reconstrucción del Estado después de una crisis. Una tercera alternativa que se maneja es la creación de una nueva instancia multilateral encargada de trabajar sobre los ‘Estados fracasados’ que debería estar financiada por los Estados centrales y diseñada con una especie de textura mixta que permita articular el liderazgo norteamericano con la legitimidad internacional porque de lo contrario es imperialismo puro y tradicional.”

La preocupación no es ajena tampoco al historiador Eric Hobsbawm para quien la guerra en el siglo XXI puede tener hoy como escenario cualquier lugar de la Tierra. “La pérdida de control del Estado-nación; las desigualdades sociales y la creciente inseguridad en aquellas zonas del mundo en las que las instituciones del Estado están desintegrándose son mi mayor preocupación sobre todo porque quienes más posibilidades tienen de sacar provecho político de esto son los reaccionarios”, dijo en una entrevista al diario español *El País* el 15 de setiembre pasado.

El debate está abierto y presenta una nueva oportunidad con los cambios presidenciales en Argentina y Brasil. ¿Someterse, pactar, rebelarse? ¿Cómo y en qué grado? ¿Buscar caminos alternativos y nuevos aliados? Todas preguntas sin resolver. Es la ocasión de trabajar en conjunto, identificar los problemas, entender los cambios, desarrollar, con coraje, política autónomas, confiando en la fuerza de nuestras sociedades.

Telma Luzzani es editora de política internacional del *Clarín*.

